

ANUARIO IEHS

25

2010



Universidad Nacional del Centro
de la Provincia de Buenos Aires

ISSN 0326-9671

Andrés Kozel, **La Argentina como desilusión**, México, Nostromo ediciones – UNAM Posgrados, 2008, 395 páginas.

El libro de Andrés Kozel aborda una cuestión siempre presente en el imaginario social e ideológico de nuestro país: la idea del fracaso argentino. El autor circunscribe su estudio a los corpus de pensamiento de algunos intelectuales que en la primera mitad del siglo XX comenzaron a separarse del tronco liberal-civilizador (Lucas Ayarragaray, Leopoldo Lugones, Benjamín Villafañe, Ezequiel Martínez Estrada y Julio Irazusta) y se convirtieron en “especialistas en nombrar los males del país” desde distintas sensibilidades ideológicas.

La “desilusión argentina” es para Kozel una noción lineal y ascendente en el tiempo que, fundamentalmente, se construyó sobre la presunción de que al país le esperaba un destino de grandeza a partir de su incorporación al modelo civilizatorio y que hacía hincapié en una supuesta excepcionalidad argentina en el contexto latinoamericano. La “ilusión argentina” habría germinado en el tramo central del siglo XIX, estrechamente vinculada a la obra de los emigrados antirosistas y se habría vuelto hegemónica a medida que se consolidaba el paradigma liberal. Las profundas transformaciones que se vivieron en el período finisecular alimentaron el espíritu confiado y entusiasta. Sin embargo, y como en otros ámbitos de lo cultural, el clima ambivalente del centenario, fuertemente marcado por los efectos no esperados de la modernización, también se manifestó en esta noción cultural. No obstante, más allá de los matices y preguntas de los que se fue rodeando continuó expresando un ánimo optimista, aunque ya sin el vigor y las potencialidades que expresaba unos pocos años atrás.

En razón de esto, es que el autor considera que el tópico del fracaso argentino emergió con fuerza y densidad propia hacia los años 1929 y 1930, es decir como una respuesta a las crisis económicas e institucionales. En esta etapa, que no desconoce las “anticipaciones” que habían ido apareciendo en los años anteriores, se comenzaron a elaborar los idearios del fracaso y a construir una noción que alcanzaba una configuración de sentido nuevo. De tal modo, el libro recorrerá el camino del fracaso argentino (estudiado siempre como tópico intelectual y no como fracaso real) desde comienzos del siglo XX y hasta 1955, atendiendo tanto a las “anticipaciones” como a los pensamientos que surgieron cuando las premisas liberal civilizatorias habían sido puestas en cuestión desde diversos campos y también desde variadas perspectivas.

El primer capítulo del libro está dedicado al análisis del pensamiento de Lucas Ayarragaray, (médico psiquiatra, político, periodista, diplomático, historiador y literato nacido en 1861) y lleva por subtítulo “entre las sombras de la bastardía, las añoranzas del pasado y los meandros de la incertidumbre”. Según Kozel, el pensamiento de Ayarragaray estaba cruzado por dos impulsos fundamentales en relación con el pasado argentino. Por un lado, un movimiento decadentista nostálgico. Por otro lado, un ánimo fatalista. Tomadas en su conjunto las páginas de Ayarragaray exhalan melancolía al sostener, como tantos otros en su época, que las transformaciones sociales, políticas e intelectuales que se produjeron en la Argentina de fines del siglo XIX traían consigo violencia, patologías emocionales y transmutaciones individuales y sociales. En esa aseveración Ayarragaray mostraba un perfil tradicionalista y deslizaba críticas a la Revolución francesa y al orden político que de ella se había derivado entendiéndolos como una patologización que alimentaban la imaginación de las masas, dando así lugar a los fermentos del socialismo. La mirada nostálgica, con el correr del tiempo, fue dando paso a una valoración enteramente negativa del pasado argentino (con la sola excepción de las presidencias fundacionales que eventualmente fueron juzgadas positivamente) en estrecha relación con postulados clasistas y racistas. La radicalización del discurso de Ayarragaray iba de la mano con la coyuntura política y su obra estaba marcada por la constelación de significados de cada época, siendo particularmente evidente en su furiosa crítica antiirrigoyenista y antiradical.

Como hombre del campo cultural latinoamericano estaba cruzado por un fuerte eclecticismo, por ello sus premisas hibridaban posturas, en principio incompatibles, que provenían tanto de postulados liberales, conservadores, románticos, positivistas como evolucionistas y hasta decadentistas. De tal modo, dice el autor, la obra de Ayarragaray puede ser vista como una condensación, singular y potenciada, de todas las dudas, ansiedades y fantasmas que recorrieron la sensibilidad de la élite argentina en el período finisecular y las décadas siguientes.

Para Kozel, el pensamiento de Ayarragaray constituye una “anticipación fuerte” del pensamiento tematizador del fracaso argentino ya que, si bien compartía apreciaciones con muchos otros escritores desencantados, su prédica fue más decidida y sostenidamente sombría y pesimista. Casi todos los presentes de enunciación eran inquietantes y tenebrosos y casi todos los futuros nebulosos e inciertos y aun sus pasajes optimistas se construyeron sobre cimientos de angustia y perplejidad.

En el segundo capítulo, “Leopoldo Lugones: de la celebración entusiasta a la encrucijada fatal”, Kozel analiza el itinerario del poeta cordobés nacido en 1874 que siendo socialista en su juventud se convirtió hacia los años veinte en emblema del militarismo pero que, en líneas generales, siempre expresó una mirada moralizadora y estetizante que juzgaba con crudeza y severidad a la sociedad que lo rodeaba. Sin embargo, es difícil delimitar a Lugones como un pesimista, por lo cual resulta apropiada la definición que ensaya Kozel cuando lo llama “crítico esperanzado”.

Como en el caso de Ayarragaray, Lugones amalgamaba diversas fuentes para dar forma a su corpus de pensamiento y esa fusión era, en rigor, llamativa ya que abarcaba tanto elementos darwinianos como preceptos de Nietzsche, Spencer y la teosofía. La sabiduría secreta como explicación última, dice Kozel, fue tanto una hermenéutica como una guía para la acción en la sociedad argentina. La superioridad de los más fuertes aparecía enlazada con una noción de progreso que también se asociaba con premisas espiritualistas y giraba en torno a la oposición entre libertad y dogma de obediencia. Esta fórmula interpretativa se mantuvo a lo largo de su vida, superando los cambios tan mentados del pensamiento y la ideología lugoniana aunque, como es obvio, en su etapa militarista la libertad cobró un nuevo sentido y la disciplina alcanzó un lugar central en su cosmovisión. Fue en esta etapa, que Kozel llama jerárquica, cuando Lugones se constituyó en una de las figuras emblemáticas del proceso de conformación del tópico del fracaso argentino. Fundamentalmente, sus alocuciones hacían hincapié en el estado desolador en el que se encontraba la Argentina, articulando en ese diagnóstico razones políticas coyunturales, doctrinarias, ideológicas y geopolíticas. Sin embargo, nunca renunció a la idea de un destino de grandeza como lo evidencia *La Grande Argentina* publicada en 1930 y que fue, precisamente, un llamado a transformar profundamente al país para cumplir con ese sino de gloria. Lugones sostenía por entonces que la Argentina debía elegir entre ser una potencia integral o una república proletaria. Lo interesante de la perspectiva lugoniana es que el poeta advirtió hacia los años veinte que el futuro de la Argentina podía ser un futuro indeseable, pero ello no lo llevó a plantear que había que retomar la vieja senda, sino a reclamar que se trastocara la ruta para así cumplir con la predestinación.

El tercer capítulo, “Benjamín Villafañe: inminencia de la catástrofe... ¿y de la redención...?”, aborda el estudio del pensamiento de este político e intelectual radical jujeño, nacido en 1877, que tuvo fuertes enfrentamientos con Hipólito Yrigoyen y una larga trayectoria política que lo llevó a desempeñarse, entre otros cargos, como gobernador de su provincia y senador nacional. En 1930 Villafañe apoyó de manera abierta el golpe de Estado que derrocó a Yrigoyen, al tiempo que formó parte de la Legión de Mayo y de la Legión Cívica. Fue en esos años que se definió como un reaccionario que impulsó la anulación de la Ley Sáenz Peña, a la que consideró una letra suicida, y reclamó una organización corporativa del país advirtiendo sobre la inminencia de una guerra social. Asimismo, desarrolló una prédica antiimperialista muy condicionada por la

presión de Estados Unidos para que Argentina abandonara la neutralidad con relación a los contendientes de la Segunda Guerra.

La historia del mundo y no sólo de la Argentina fue leída por Villafañe en clave moral y católica, con entonaciones decadentistas. Sin embargo, nunca dejó de tributar, aun con ambigüedades, a la tradición liberal-civilizatoria. En sus aportes a la construcción de la temática del fracaso argentino Kozel advierte que Villafañe fue un especialista en trazar diagnósticos sombríos de todos los presentes en que fue actuando. Con una prédica severa y vehemente desarrolló un discurso catastrófico-apocalíptico que ponía el acento en las calamitosas presidencias argentinas (de Roca en adelante y sin olvidar nunca un profundo antirosismo), una preocupación creciente y radical sobre la infiltración de idearios subversivos y sobre el materialismo inmoral de los Estados Unidos. Con respecto a esta última cuestión vale recordar que propuso, de manera estentórea, la fundación de una logia destinada a incendiar *Wall Street*. Sin embargo, Villafañe no es un personaje fácil de definir, ya que su pensamiento se encuentra siempre en las fronteras del antimodernismo pero también en las del liberalismo civilizador. Lo cierto es que el pasado cercano era visto como una experiencia lúgubre en tanto que el futuro como catástrofe inminente o, en el mejor de los casos, un futuro cuya resolución sólo sería producto de calamidades y desgracias. Por todo ello dice Kozel, Villafañe puede ser considerado como una figura importante en la conformación y sedimentación del tópico del fracaso argentino.

“Ezequiel Martínez Estrada, *summa negationum*” es el título del cuarto capítulo donde analiza el discurso de este temprano poeta y maduro crítico-ensayista que había nacido en 1895. El impacto de las crisis de 1929 y 1930 se hizo sentir fuertemente sobre Martínez Estrada y sobre su producción intelectual. Producto de esta experiencia fue su libro *Radiografía de la pampa*, según Kozel, una de las más oscuras y desoladas imágenes de la realidad argentina. Por ello, es que su obra es considerada en *La Argentina como desilusión* como un aporte capital para el delineamiento y consolidación del tópico del fracaso y una suma de las “íonias negativas” existentes al momento sobre la realidad argentina y sudamericana. Tan vasto era el catálogo de males que enumeró Martínez Estrada que una recopilación incompleta abarcaría, por ejemplo, la conquista, el mestizaje, la persistencia de lo colonial, Rosas, los inmigrantes, la ineptitud de los dirigentes, Perón, el antiperonismo, la ceguera de los intelectuales y un largo etcétera. Su pensamiento presentaba una dimensión catártica, una dimensión crítica, pero también una dimensión propositiva de fuertes ribetes moralizantes y declaradamente antipolítica.

El pasado argentino no ofrecía a Martínez Estrada elementos que pudieran ser rescatados y mucho menos recuperados. Su perspectiva era original, un ideario muy personal, estrechamente vinculado a la poética romántica, que no incursionó en postulados abiertamente reaccionarios aunque traslucía una dolorosa lectura de la modernidad.

El último capítulo lleva por título “Julio Irazusta o el catálogo de las doradas ocasiones perdidas” donde analiza, obviamente, a esta figura referencial del revisionismo histórico argentino nacido en 1899. Para Kozel, la empresa intelectual de Irazusta es asimilable a la del francés Charles Maurras en varios aspectos decisivos, en particular en la perspectiva del pasado. Ubicado en el laxo espacio del pensamiento tradicionalista y conservador, la obra de Julio Irazusta partió de la historia y la rebasó para adentrarse en el campo de lo ideológico y del campo cultural a partir de tomas de posiciones abiertamente valorativas. En su análisis (que compartía premisas con el de su hermano Rodolfo) el fracaso argentino aparecía vinculado con una deficiencia cultural de la clase dirigente, esencialmente mezquina e incapaz de desarrollar una perspectiva nacional. Lo interesante es que en Irazusta el fracaso argentino era sólo una expresión de un fracaso civilizatorio global. El presente era negativo debido a las malas políticas implementadas que torcieron el rumbo que había inaugurado, al menos en potencia, la época dorada del rosismo.

El libro, de fina escritura, cierra con unas Reflexiones finales (que conjuntamente con la Introducción) permiten conocer las perspectivas teórico-metodológicas y las búsquedas intelectuales del autor, quien, además, en las preguntas que ensaya en la parte final de su obra, va

estableciendo un diálogo con el lector y lo invita a realizar sus propias consideraciones. En ese sentido es muy rico y sugerente el planteo que realiza en torno a la ubicación de las elaboraciones tematizadoras del fracaso argentino dentro del panorama ideológico y cultural y la asociación que hace de esas nominaciones de males con la erosión de una situación de eventual hegemonía. Vinculado con ello, se desprende además la necesidad de considerar el lugar y el papel de los intelectuales en una dinámica como la que analiza el libro.

Como otros investigadores que hemos trabajado a algunos de estos actores y temáticas, Kozel se pregunta ¿qué es lo que lleva a estos escritores a quedar ubicados en el lugar de la crítica profunda de la sociedad?, ¿obedece la provocación del disenso y la puesta en cuestión de las certidumbres a razones predominantemente subjetivas (temperamento, voluntad) u objetivas (ubicación geográfica, condición y trayectoria de clase, formación intelectual, etc.)?, ¿a través de que estrategias construyeron y preservaron su posición en la escena ideológica?, ¿constituyen, más allá de los matices y diferencias, una posible identidad común? Estas y otras cuestiones analizadas hacen que este libro, que resulta de gran interés para los historiadores culturales, de las ideas y de la política de la Argentina del siglo XX, sea también una obra que permite sumergirse en interrogantes profundos relacionados con el papel y sentido de los intelectuales en la modernidad contemporánea y con la posible influencia jugada por ellos en la constitución de imaginarios sociales de largo alcance.

Olga Echeverría
IEHS/CONICET
